

dio de la ciudad de México había durado setenta y cinco días: entre sitiados y sitiadores, sin contar los que mató el hambre y la peste en la ciudad, en la sola toma de México perecieron más de cuatrocientos mil indígenas, según refiere Fernando de Alva con otros antiguos Escritores Mexicanos. Bernal Díaz del Castillo, uno de los primeros caballeros que se halló en esta guerra, llegó á escribir (Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, cap. 156): "Yo he leído la destrucción de Jerusalem; mas si en ésta hubo tanta mortandad como ésta, no lo sé: no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos; y es verdad, y juro amén, que toda la laguna y casas, y barbacoas, estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba."

Sirvan de conclusión las palabras de nuestro Clavigero: "No hay duda que así en ésta (llegada de Cortés á San Juan de Ulúa en Veracruz), como en otras muchas ocasiones que iremos recordando en la Historia, pudo fácilmente Moctezuma desbaratar enteramente aquellos pocos extranjeros que habían de causarle tanto mal. Pero Dios les conservaba para que fueran instrumento de su Justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la superstición, la crueldad y otros delitos, con que aquellas naciones habían provocado su cólera. No por eso queremos justificar el intento y la conducta de los conquistadores; ni menos podemos dejar de reconocer la mano de Dios, que iba preparando á aquel Imperio á su ruina, y

nía cerca de cien mil súbditos, y otros tres mil señores, que no tenían tantos. Lorenzo Surio dice que este cálculo constaba en los documentos que existían en los archivos de Carlos V. Cortés, en su primera carta al mismo Emperador, se expresaba en estos términos: "Es tan grande la muchedumbre de habitantes de estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado, y con todo hay mucha gente que por falta de pan mendiga por las calles, por las casas y por los mercados." La misma idea nos dan en general de la población de México, Bernal Díaz del Castillo, el Conquistador anónimo, Motolinía y otros testigos oculares."

Por lo que toca á la población de toda aquella extensión que se llamó Nueva España, "los aritméticos políticos, dice Clavigero, no cuentan más de *cien millones* de habitantes" (Tomo II, pág. 484). A la verdad, si al antiguo Imperio Azteca se añaden las otras repúblicas y reinos, sojuzgados después por los Castellanos, y los nuevos descubrimientos de Jalisco, Nuevo México, las Californias, etc., el número de cien millones, tan lejos está de ser exagerado, que muchos escritores le consideran muy inferior á la realidad. Léase lo que sobre este punto discurre por extenso el P. Clavigero, en la Disertación citada. (Tomo II, págs. 400-417).

se valía de los mismos delitos de los hombres para los altos fines de su Providencia. (Lib. VIII, Tomo II, pág. 16.)

CAPITULO II.

Estado de los Mexicanos en los primeros años después de caído el Imperio y antes de la Aparición de la Virgen.

BREVE NOTICIA SOBRE LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO EN AMÉRICA, ANTES QUE FUESE DESCUBIERTA POR CRISTÓBAL COLÓN.—LLEGADA Á MÉXICO DE LOS MISIONEROS, DE LOS PRIMEROS OIDORES Y DEL PRIMER OBISPO ELECTO.—EL EMPERADOR SOPENA DE MUERTE Y EL PAPA SOPENA DE EXCOMUNIÓN MAYOR, PROHIBEN LA ESCLAVIDUD Y MALOS TRATAMIENTOS DE LOS INDIOS.

Si Dios en su Justicia, por las causas que acabamos de mencionar, permitió la destrucción del Imperio Azteca, no permitió, empero, en su Misericordia, que fuesen destruidos los pueblos que lo componían, así como lo fueron los de Haití, de Cuba, de Jamaica y de otras islas y tierras descubiertas. Antes bien, en los altos designios de su Providencia, dispuso que, caído el Imperio, los Aztecas y los de otras naciones de Anahuac, abandonando el culto idolátrico, se refundiesen todos en una sola sociedad, regenerados á la nueva vida de fe y de amor en la Iglesia de Cristo. Para esto se sirvió de la Aparición de su Santísima Madre la Virgen María, en el cerro del Tepeyac, como lo iremos exponiendo en esta Historia. Pero antes de referir este hecho grandioso, preciso es examinar brevemente el estado de los mexicanos, ya vencidos, en los primeros años después de caído el Imperio y antes de la Aparición de la Virgen Madre de Dios.

I

Por no entrar en el plan de esta Historia, no examinaremos ni discutiremos detenidamente la cuestión tan debatida de si antes de que llegaran los Castellanos, las naciones de estas Tierras reci-

bieron el Evangelio. Y puesto que no puede dudarse que haya sido predicado, queda todavía por saber si estas dilatadas regiones de América, fueron evangelizadas en tiempo de los Apóstoles, ó algunos años y siglos después. Unos, y son los más en número y autoridad, sostienen que el Apóstol Santo Tomás, así como predicó el Evangelio en las Indias Orientales, así también vino á predicarlo en estas Indias Occidentales.¹ Otros son de parecer que alguno de los inmediatos discípulos de los Apóstoles, fué el que vino á estas Américas.

¹ Larga, muy larga es la lista de Autores, especialmente los de las Ordenes de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y de la Compañía de Jesús, que refieren la venida del Apóstol Santo Tomás á estas regiones. Valga por todos el célebre Arqueólogo, D. Carlos de Sigüenza y Góngora, el cual trata este punto en su "Paraíso Occidental," y en la "Libra Astronómica," impresa en México en 1690, hace mención de una Disertación que había escrito con este título: "Fénix del Occidente, Santo Tomás Apóstol, hallado con el nombre de *Quetzalcoatl* entre las cenizas de antiguas tradiciones, conservadas en piedras, en Teomamotles (libros divinos) Tultecos, y en cantares Teochichimecos y Mexicanos."

El Sr. D. José Fernando Ramírez, halló en la Biblioteca de la Profesa, un Códice Ms., el cual á su juicio es en parte "el tan buscado y proclamado Fénix del Occidente..... completo arsenal de noticias acerca de este punto." (Orozco y Berra, Tomo I, lib. 1, c. 4, pág. 84. Nota.)

El Apóstol Santo Tomás, entre otros nombres, era designado con el nombre de *Quetzalcohuatl*, por abreviación *Quetzalcoatl* (Veytia. Historia antigua de México, Tomo I, cap. 16, pág. 190-199) y quiere decir. "El muy sabio Gemelo ó Mellizo." Porque aunque en el sentido literal ó gramatical, este nombre, compuesto de dos palabras, quiere decir "pavo real, culebra;" en el sentido metafórico tiene dos distintas significaciones. Porque "debe advertirse, dice Veytia, que la voz *Quetzalli* la aplicaban alegóricamente para significar cualquiera especie de excelente pluma..... De ahí la aplicación de cosa excelente en general, y daban también este nombre á las personas de talento, para explicar su juicio y capacidad, como si quisieran decir: "Hombre muy sabio ó de mucho talento y muy estimado." La voz *coatl* ó *cohuatl*, añade Becerra Tanco, en el idioma azteca (*nahuatl*), en sentido natural, quiere decir culebra, pero alegóricamente quiere decir *gemelo ó mellizo*, por alusión á que las culebras siempre *paren los hijos á pares*. Y es constante que en el idioma mexicano no hay otra voz con que explicar la de gemelo ó mellizo, que la de *cohuatl* ó *coatl* que es sincopada. Los mismos Españoles han adoptado tanto esta voz en nuestros tiempos castellanizándola, que á los que nacen dos ó más de un parto les llaman *coates*, y sólo por esta voz entiende el común del vulgo, y de ningún modo por la de *gemelo ó mellizo*, que absolutamente no tienen uso en estos países.

Esto supuesto, como incontestable y notorio, no lo es menos lo que sabemos por el Evangelio (30, 20, 24) que Santo Tomás tenía el sobrenombre de *Didymus*, mellizo, y así para traducirlo los indios en su idioma, le llaman *cohuatl*, añadiendo como adjetivo el *Quetzalli*, como quien dice "El coate muy sabio, ó muy excelente, ó muy estimado." (Becerra Tanco, "Felicidad de México." Edición de 1685, pág. 55.)

Hay, en fin, algunos que opinan haber sido un Misionero que vino de Islandia á predicar el Evangelio: así Orozco y Berra (Tomo I, lib. 1, c. 5, pág. 98-104), después de haber demostrado que los Scandinavos, durante los siglos X y XI descubrieron y visitaron una gran parte de las costas Orientales de la América del Norte, concluye: "de esta verdad sacamos que *Quetzalcoatl* (el que vino á predicar á estas regiones), es un Misionero Islandés."

Sea lo que fuere de estas opiniones, consideradas en sus circunstancias cronológicas, lo que no puede negarse en lo general y substancial, es que examinando los monumentos y ritos de estas naciones, y las antiquísimas tradiciones populares recogidas entre diversos pueblos por los primeros Misioneros, hay tales y tantas semejanzas con el culto cristiano, que no dejan ninguna duda de haber sido predicada en las Américas la Religión de Jesucristo. De los Autores de que hemos hablado mencionaremos no más dos. El P. Carlos de Sigüenza y Góngora en los libros citados, con grande acopio de documentos y referencias, demuestra la predicación del Evangelio en las Américas. Tan sólo apuntaremos aquí estos tres documentos: "Semejanza de ritos y dogmas; monumentos de Cruces y Pinturas; tradición manifestada en los cantos populares." Sirva de prueba lo que el P. Bernardino de Sahagún, de la Orden Seráfica, llegado á México en 1529, escribe en la Historia General de Nueva España (lib. XI, cap. 13): "Acerca de la predicación del Evangelio en estas partes, ha habido mucha duda si han sido predicadas antes de ahora ó no. Yo siempre he tenido opinión que nunca les fué predicado el Evangelio, porque jamás he hallado cosa que aluda á la Fe Católica, sino todo tan contrario y todo tan idolátrico, que no puedo creer que se les ha predicado el Evangelio en ningún tiempo.¹ El año de setenta (1570) ó por allí cerca, me certificaron dos religiosos dignos de fe que vinieron de Oaxaca, que vieron unas pinturas muy antiguas pintadas en pellejos de venados, en las cuales se contenian muchas cosas que aludían á la predicación del Evangelio. Entre otras, una era ésta: que estaban tres mujeres..... y tenía (la pintura) una cruz de palo y delante de ella estaba en el suelo un hombre desnudo y tendido, pies y manos

¹ No deja de causar admiración el que el P. Sahagún, con lo que sigue diciendo, demuestre todo lo contrario de lo que acaba de afirmar. Coteje el lector las cláusulas de este período antecedente con lo que en seguida va diciendo.

sobre una cruz, y atadas ambas cosas con unos cordeles..... Otra cosa hay que también me inclina á creer que ha habido predicación del Evangelio en estas partes, y es que tenían confesión auricular en estas partes de México..... También he oído decir que en Pontochan ó en Campeche, hallaron los religiosos, que fueron allí á convertir primeramente, muchas cosas que aluden á la Fe Católica y al Evangelio. Y si en estas dos partes hubo predicación del Evangelio, sin duda que la hubo en estas partes de México y sus comarcas, y aun en esta Nueva España: pero yo estoy admirado cómo no hemos hallado más rastro de lo que tengo dicho en estas partes de México. Y aunque digo esto, paréceme que pudo ser muy bien que fuesen predicadas por algún tiempo, pero que muertos los predicadores, perdieron del todo la fe que les fué predicada y volvieron á sus idolatrías que antes tenían; y esto conjeturo..... porque con haberlos predicado más de cincuenta años, si ahora se quedasen ellos á sus solas, tengo entendido que á menos de cincuenta años no habría más rastro de la predicación que se les ha hecho. Así que, digo concluyendo que es posible que fueron predicadas, y que perdieron del todo la fe que les fué enseñada y se volvieron á las idolatrías antiguas.....”

Los Autores arriba citados, muy por extenso refieren más datos de los que llegaron al conocimiento del P. Sahagún, que se admiraba de no haber “hallado más rastro” de la predicación del Evangelio. La Cruz desde los tiempos antiguos se encuentra por todo el Continente Americano; á la Cruz daban el nombre de *árbol verdadero del mundo, árbol del sustento, árbol de la vida, porque en la Cruz murió uno que es más lucido y resplandeciente que el sol*. Tenían una especie de Comunión que llamaban *manjar de nuestra alma*. A la mujer que primero parió (Quilatzi) llamaban *la mujer de la culebra* (Cihuacoatl). Tenían una especie de bautismo, “Recibe el agua: este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón y te dará una vida buena y perfecta.” (Clavigero, lib. VI, pág. 388.) Señaladamente los de Yucatán decían que “hay un Dios que está en los cielos y tres personas en él; la primera llámase Señor terrible que no ha nacido; la segunda, hombre desollado y maltrado, nacido de una virgen; la tercera, Espejo y resplandor reluciente.”

De todo lo que dejamos apuntado, de ningún modo se sigue lo que

el Dr. Servando de Mier pretendió probar, á saber que: “la América no era deudora á los Españoles de la primera predicación de la Fe.” Pues si se refiere á la América del siglo XVI, cuando de España vinieron los primeros Varones Apostólicos, estas regiones estaban tan hundidas en la idolatría, como si nunca hubiesen recibido la luz del Evangelio. Y este hecho tan incontestable fué una de las razones que movieron á algunos á afirmar que nunca en estas Américas había sido predicado el Evangelio. Hay todavía más: el P. Clavigero en la Disertación segunda, en que trata de las principales épocas de la Historia de México, asienta: “que si se trata de las naciones cuya historia puede conocerse por documentos incontestables, los Toltecas fueron los más antiguos pobladores del país de Anahuac; pues bien, los Toltecas no llegaron á estas tierras sino por el año de 648 de la Era Vulgar; después los Chichimecas, en 1170; á los ocho años después los primeros Nahuatltecas ó los siete pueblos de que se trató en el capítulo I, y en fin, los Mexicanos, que llegados á Tula por el de 1196, fundaron en 1325 su monarquía y su ciudad capital.” (Clavigero, tomo II, pág. 228. Edición de Londres, 1826.) Siendo así, lo que estas naciones pudieron alcanzar de la primitiva predicación del Evangelio, no fué más que un conjunto de tradiciones y verdades, mezcladas, empero, con mitologías, errores y groseras supersticiones.

Luego la pretensión del Dr. Servando de Mier, carece de todo fundamento. Bien es verdad que el P. Mier, desterrado de México y estando en Burgos, escribió á Juan B. Muñoz, al fin de la sexta Carta, año de 1797: “algunos me acusan de que he intentado quitar á los Españoles la gloria de haber traído el Evangelio. ¿Cómo puedo haber pensado en despojarlos de una gloria que es muy nuestra?” Pero también es verdad que á los pocos años después, el mismo P. Servando de Mier, bajo el seudónimo de José Guerra, imprimió en Londres el año de 1813, su Historia de la revolución de Nueva España, y al fin del segundo volumen insinúa lo contrario. (Tomo II, lib. XIV, pág. 719-25). Pero observa Orozco y Berra (tomo I, pág. 85), “en este escritor no predomina el elemento religioso, sino el político,” y la falta de crítica que se nota en sus escritos, como Dios mediante iremos apuntando, demuestra que poca ó ninguna autoridad tiene el P. Mier como escritor.

Sea lo que fuere, el hecho es que de España vino la luz del Evan-

gelio á las Américas, desde el año de 1492 en que Cristóbal Colón las descubrió, eficazmente sostenido por la inmortal Isabel la Católica, la única que comprendió sus vastos planes y que al través de mil dificultades le envió á abrir nuevo campo á los predicadores del Evangelio de Cristo. A España, pues, junto con la gloria, se le debe el merecido agradecimiento. *Unicuique suum*: á cada cual lo suyo.

II

Volviendo ahora á nuestro asunto principal, luego que el Emperador Carlos V tuvo noticia del descubrimiento de México, su primer empeño fué el de procurar excelentes Misioneros que predicasen el Evangelio en estas dilatadas regiones; y para el efecto escribió al Sumo Pontífice León X, que en esa fecha gobernaba la Iglesia. Hallábanse por este tiempo en Roma dos insignes varones de la Orden Seráfica; Fr. Francisco de los Angeles, por otro nombre, de Quiñones, hermano del Conde de Luna, y Fr. Juan Clapión, Flamenco, confesor que había sido del mismo Emperador. Encendidos en vivos deseos de propagar la Fe, estos dos fueron los primeros que con licencia del Ministro General de la Orden, se ofrecieron al Papa León X para venir á estas tierras, y le pidieron las facultades y privilegios que los Romanos Pontífices, en su tiempo, habían otorgado á los religiosos de la misma Orden, que iban á predicar á tierra de infieles. Concedióselas amplísimas el Sumo Pontífice con Breve Apostólico dirigido á los dos, expedido á 27 de Abril de 1521. A poco de haber salido de Roma los dos designados Misioneros, murió el Papa León X, en cuyo lugar fué elegido el Obispo de Tortosa, que tomó el nombre de Alejandro VI. A petición del Emperador, el nuevo Pontífice, antes de salir de España para ir á Roma, con Breve Apostólico dirigido al mismo César y despachado en Zaragoza á los 13 de Mayo de 1522, no sólo confirmó, sino que amplió las facultades concedidas con la célebre expresión: "*omnimodam auctoritatem nostram in utroque foro habeant... donec per Sanctam Sedem aliud fuerit ordinatum*; tengan toda nuestra autoridad en uno y otro foro, hasta que la Santa Sede otra cosa no ordenare."

Mientras que á los dos misioneros se les señalaban los compañeros que consigo habían de traer, llegó el tiempo del Capítulo General, celebrado en Burgos el año de 1523, día de Pentecostés: en él fué elegido General de la Orden el mismo Fr. Francisco de los Angeles, después Cardenal de Santa Cruz; entretanto, su compañero, el P. Clapión, fué llamado por el Señor á recibir el premio de sus fervientes deseos. De los muchísimos religiosos que se ofrecieron á tan gloriosa jornada de venir á México, el nuevo General escogió á doce de los más hábiles (diez de ellos, sacerdotes eminentes en ciencia y virtudes apostólicas), y les avisó que se dispusiesen más convenientemente para salir al año siguiente á su apostólica Misión. Pero fueron precedidos por tres Belgas ó Flamencos, religiosos de la misma Orden: porque el P. Fr. Juan de Tecto (du Toiet), Doctor y Maestro Parisiense que por catorce años había enseñado en aquella Universidad, y que era entonces confesor del Emperador y Guardián del Convento de Gante, no viéndose comprendido entre los doce, á fuerza de repetidos ruegos consiguió del Emperador y del Provincial de su Orden el deseado permiso, y acompañado del P. Fr. Pedro de Aora, y del célebre lego Fr. Pedro de Gante, los dos del mismo Convento, emprendió luego el viaje, y á mediados del año 1523 llegaron á México. Al año siguiente de 1524, á trece de Mayo, llegaron los Doce Misioneros Apostólicos; y después otros y otros en los años siguientes. (Mendieta, Historia Eclesiástica Indiana, lib. III, caps. 4-10-11.) De paso notaremos que por el año de 1526, llegó también á México el célebre Fr. Julián Garcés, de la Orden de Santo Domingo, Obispo de Tlaxcala.

Mucha admiración causaron en los indios la pobreza del traje, la mansedumbre y afabilidad de los Religiosos; y unos á otros se decían "¿qué hombres son éstos tan pobres? ¿qué manera de ropa es ésta que traen? No son como los otros cristianos de Castilla." Y como que iban á menudo repitiendo como por exclamación: *Motolinia! Motolinia!*, "uno de los Religiosos preguntó qué quería decir aquel nombre que tanto repetían; y habiéndosele contestado por un español que quería decir *Pobre ó Pobres*," el Religioso replicó: "éste será mi nombre por toda mi vida." Así fué en efecto; pues el P. Fr. Toribio de Benavente, que había hecho tal pregunta, desde allí en adelante nunca se nombró ni firmó sino Fr. Toribio Motolinia. Luego que los indios trataron á los Religiosos, á la ad-